Pontifical

de Miguel Romero Esteo

Luis Riaza

Pontifical (tomos I y II)

de
Miguel Romero Esteo

Introducción
Carola Nabet Egger

Colección
Biblioteca Romero Esteo, volúmenes 3 y 4

Editorial
Espiral/Teatro

CIERTA ESPECIE DE HOMENAJE A CIERTA ESPECIE DE CONYUNJALIDAD
(CON EL TRUCULENTO Y TRAPISONDA TRUCO DE REFERIRSE A OTRO, CON LA INTENCION DE HABLAR ((CON DESVERGNZADO DESPARPAJO)) DE UNO)

Con la petición de reseñar
(uno ya lo hizo en otro número de esta misma revista cuando brotó a la palestra libresca
((que no teatrera))
el primer tomo de la Biblioteca de Romero Esteo, con la publicación de «La Parafernalia de la Olla Podrida… etc.»)
la aparición de otra obra de Miguel, en este caso el «Pontifical», de nuevo se ve uno uncido al yugo miguelino
(permitásele a uno recordar que con una obra de Migel y una de umo,
((«Pasoble» y «El desvan… etc.»))
fusionado con los faranduleros ambulantes de Ditirambo Teatro Estudio, atravesamos, no sobre un carromato, sino sobre una furgoneta, de university en universty y de costa a costa, la paradisiaca Gran Pradera
((todavía rezumando la sangre de miles y miles de bisontes abatidos y de pielesrrojas apiolados sin piedad por su baja enjundia de enojoso pelaje aborijen))
de los gringos).

Pero vayamos a otras viejas remembranzas: en un altillo de lo que luego sería el Teatro Real y que entonces ocupaba la no menos real Escuela de Arte Dramático, no sólo leyó y admiró uno el tal «Pontifical», sino que se hizo con los dos tochos de la piezaza publicada en clandestino ciclostic, mamotretos que todavía guarda uno entre el revuelto de papelotes sepultos, esperado a través de una infinitud de dias, su tercer dia
(en compañia de cierta **HOJA**
HOJA desgajada de las páginas de cierto «Diario», ya difunto, pero que, por entonces, se denominaba «Nuevo»,
HOJA virando al pardomierda, propio de las *feuilles mortes* de puro viejas,
HOJA con la foto del rescatado de la tiniebla
((algo más joven pero siempre con la jeta de forajido mejicano))
HOJA en que aparece un escrito con el título rimbombante de «Luis Riaza, hincándole pérfidamente a la historia un cuchillo en mitad del corazón»,
((título que, curiosamete, no figura en la lista de los articulos escritos por Miguel para tan veterano rotativo, reseñados tan exhaustiva como definitivamente por el más conspícuo de los especialistas romeroesterianos, al final de su espesamente pensado libro sobre la teatralidad en general y la de Miguel en particular))
HOJA que se saca a cuento en esta serie de paréntesis por dos motivos:
uno
por corresponder con esta pobre reseña
((en una especie de recíproca y debida devolución, rotados tiempos y memorias y a cuarenta años vista))
a lo que Miguel escibió, ocupándose de uno
((cuando ni Cristo de uno se ocupaba))
y sobre el «Desvan… etc.» de uno y,
otro,
para corroborar la concomitancia, el jumelaje de la añeja pareja
((tan cacareada aqui))
y el arrajuntamiento entre Miguel y uno)

Pero eso son cosas de hace casi medio siglo. Vengamos al hoy por hoy y a la reseña de marras. En ella, desde luego, uno no pretenderá oficiar de enterado ni tratará de escar-

bar en los orígenes de la majna cretividad del egrejio autor, como hijo de Doña Carnal y de Don Francisco

(de Quevedo y Villegas),

ni

(ampliando su filiación original al ámbito de la literatura univerrsal y echando cada vez la mirada hacía el más remoto de los tiempos remotos)

de Jarry, de Rabelais, de Atistófanes, ni del mismísimo dios dionisio, ni como paradijma de la jerga dejenerada y del juguete estropajoso, ni como trásfuga de la fábrica de curas,

(en la que, no obstante, fue forjado y enlenguajado)

ni como fiel seguidor de las revistas verdes de antes de la guerra,

(«La traca», «La guindilla», «El frailón»…)

donde se ponían en pelotas impúdicas a tales curas y a sus complementarias, las poco morijeradas monjitas, ni de las chirigotas de andar por cadiz, ni de otros mil modos de entrar a saco en lo sacro. Muy abundosa cohorte de ilustres teoretas

(de más acá y más allá de los montes como la querida Carol)

pululan en la publicación y ellos se bastan y se sobran para hacerlo. Uno se limitará a divagar sobre el caso de Miguel como ejemplo de cierta hijoputez típica del teatro patrio. La del muy respetado e, incluso, idolatrado por las «fuerzas intelectuales», más o menos vivas

(hasta el punto de sentarle y santearle a la diestra de Dios Valle, con algún académico de la siempre Real ejerciendo de palomo espiritusántico para completar el triángulo estelar)

pero ignorado por el sacrosanto público y la sacrosanta «profesionalidá». ¡Pobre Miguel!, él siempre presumiendo de su origen pu-eblerino

(menos o más cordobés)

y po-pular, comprobando que el pu-eblo-pú-blico no le hace ni el más pu-ñetero de los casos y que, a pesar de los meritorios esfuerzos de los leales a sus talentos,

(especialmente los del D.T.E.)

las masas po-puleras, en vez de hacer cola durante una noche entera para ver su pieza y sus barrenderos, lo hacen para que les rasquen los tripas

(nunca las meninjes, siempre ajenas al tejemaneje)

la rabia y el ruido, no del barrendero sino del berreador de turno y para ponerse cachodos con las oscilacilaciones sinusoidales de su culo. O, en todo caso, metidos a melodías memas, a disfrutar con el último musical de los gringos.

Y, repuestos a músicas, resulta que uno se diverte,

(como dice el propio Miguel, a ciertas edades

((y la de uno ya rebasa la del otro))

es bueno divertirse)

con el repiqueteo de las cacofonías. Porque también resulta que en este reseña apenas si se enseña nada sobe el polifónico «Pontifical». Como ya se dijo, se deja tal enseñanza a los expertos que pueblan la publicación reseñada. Pasa como con «La cantante calva» en donde no aparece cantaora ni pelada ni peluda. Porque, a lo mejor, por medio de un Miguel interpuesto esta reseña de lo que verdaramente trata es de un caso similar,

(el de quien sólo pretede arrimar el ascua a su sardina,

((reducida, la pobre, a texto para uso de los sesudos, pasto de ratones de biblioteca en vez de puta pauta para los patalean-tes del tablado))

tan menospreciada como la jemelar

((siempre respetando uno las distancias entre su jigantez y la enanez de uno))

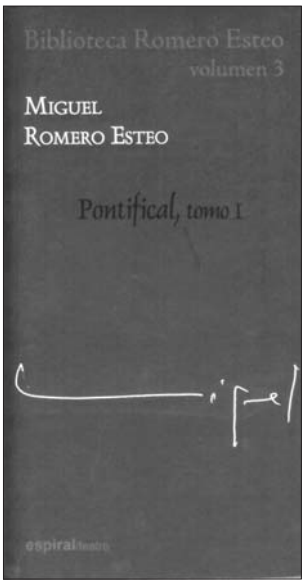
del insijne jenio pontificadero)

¿Se adivina quién es ese uno al que se refiere uno? Y uno pide perdón por la rematada remetadura de la pata de uno en el plato de los teoreteros.

Y es llegado el momento

(muy propio de la proximidad de la **OTRA**

((**ÉSA** para la que, únicamente, se emborronan los folios))

y del silencio restante al que se se refirió cierto príncipe a punto de palmarla)

de que uno se calle. ■